

«¿Hay alguna persona que te fascine? ¿La seguirías?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

3. Autoridad

por Luigi Giussani*

Pedro, el tipo más representativo de la comunidad, se levanta y habla. Y le siguen.

«Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho en la Escritura acerca de Judas, el que hizo de guía de los que arrestaron a Jesús, pues era de nuestro grupo y le cupo en suerte compartir este ministerio. Este, pues, adquirió un campo con un salario injusto y, cayendo de cabeza, reventó por medio y se esparcieron todas sus entrañas. Y el hecho fue conocido por todos los habitantes de Jerusalén, por lo que aquel campo fue llamado en su lengua *Hacéldama*, es decir, “campo de sangre”. Y es que en el libro de los Salmos está escrito: “Que su morada quede desierta, y que nadie habite en ella”, y también: “Que su cargo lo ocupe otro”. Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie a nosotros como testigo de su resurrección»¹.

En el ámbito en que vivimos existen de *hecho* personas que tienen mayor sensibilidad para una experiencia de humanidad, que tienen *de hecho* una mayor comprensión del ambiente y de las personas, que provocan *de hecho* más fácilmente un movimiento de comunidad. Viven nuestra experiencia más intensamente, más comprometidos; cada uno de nosotros se siente mejor representado en ellos; estando ellos, uno se siente más a gusto codo a codo con los demás, en comunidad.

Reconocer este fenómeno es tener lealtad hacia uno mismo y hacia la propia humanidad; es un deber de sabiduría.

Pero el encuentro con quien más siente y comprende mi experiencia, mi sufrimiento, mi necesidad, mi espera, me lleva naturalmente a *seguirle*, a hacerme *discípulo* suyo por esa exigencia humana que, al descubrirnos impotentes y solos, nos empuja a unirnos con él.

En este sentido tales personas constituyen naturalmente para nosotros una *autoridad*, aunque no estén condecorados con derechos o títulos. De forma natural se convierte en autoridad el que más lealmente comprende y vive la experiencia humana.

La autoridad surge así como una riqueza de experiencia que se impone a los demás, pues genera novedad, asombro y respeto. Hay un atractivo inevitable en ella. Tiene un enérgico poder de sugerir. No valorar la presencia de esta *autoridad de hecho*, de la que el Ser siembra todos los ambientes, es una mezquindad que refleja las propias medidas. Cuando los judíos decían de Cristo: «Este sí que tiene autoridad», abandonaban los planteamientos de los fariseos y le seguían.

El encuentro con esta autoridad natural educa nuestra sensibilidad y nuestra conciencia, nos hace descubrir mejor de qué estamos hechos y a qué aspiramos desde el fondo de nuestra actual indigencia.

¹ Hch1,15-22.

* De la obra *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 37-40.